

La quinta *Miralrío*, Victoria Ocampo y Rabindranath Tagore

Carlos Dellepiane Cálcena

Miralrío

La residencia de campo *Miralrío* en las barrancas de Punta Chica, Partido de San Isidro, alzaba sus sobrios muros inspirada en las antiguas casonas montañosas solariegas del norte de España, rodeada por una arboleda de la que aún se conservan centenarios ejemplares de tipas y otras especies. El parque se extendía desde el camino «macadanizado» Manuel A. Obarrio —hoy Avenida del Libertador General San Martín— hasta el denominado Camino del Bajo, que corría paralelo a las vías del Ferrocarril Central Argentino, arteria posteriormente conocida como calle Río Bamba y, actualmente, Juan Bautista de Lasalle, entre las calles Francisco Drummond y Brasil.

El historiador doctor Ricardo de Lafuente Machain (1882-1960) la construyó en vastos terrenos que fueron de don Benjamín Sáenz Valiente y que, en la sucesión de este, fueron adjudicados a su hija doña Clemencia María Delfina quien había contraído matrimonio con el doctor De Lafuente Machain en 1912. La ambientó con muebles y objetos originales de las misiones jesuíticas y españolas de los siglos XVII y XVIII.

Lo consumó inspirado en la casa solariega de sus antepasados vascos, cuna de su familia paterna. *Miralrío* fue obra del arquitecto Raúl Pasmán, juntamente con el ingeniero José Marcó del Pont en 1924, ambos miembros de la Sociedad Central de Arquitectos. De planta cuadrada, muros blancos con sus cantos de granito, techos de tejas y amplias aberturas, planta baja y un piso superior con gran balcón de madera que daba al río.

El doctor De Lafuente Machain escribe sobre la Casa Solar en su obra *Los de Lafuente*, impresa en Buenos Aires en 1941:

Su arquitectura es sencilla. Predomina la línea recta que imperó en el grecorromano, el que fue traído a España por los arquitectos que pasaron de Italia, en gran número, durante el siglo XVI.

Maciza en su construcción, severa en su conjunto, sencilla de líneas, caracteriza lo que eran los hidalgos, sus señores.

La ausencia de adornos da a la casona un aspecto severo. Su única decoración está constituida por los escudos o piedras de armas, que recuerdan a propios y a extraños, los méritos adquiridos por los pasados al servicio del Rey, de los cuales un hidalgo se mostraba siempre orgulloso, a pesar de la sencillez de su vida y de su exterior modesto.

La balconada del piso principal es casi siempre corrida entre ambos contravientos, que avanzan como espolones; la cierran los balaustres de madera más o menos torneados.

Tejados con alero saliente sin exageración, pues el clima no lo exigía, se apoyan en viguería terminada en modillones con tallas.

La casa solar de la familia de Lafuente es un ejemplar típico de la casona montañesa corriente. Se levanta en el lugar de Guarnizo, barrio de Suviejas y es la única armera de la localidad.

Guarnizo se encuentra en jurisdicción del Obispado de Burgos, Provincia de Santander. La sólida casona erigida a principios del siglo XVIII y la piedra de armas fueron fotografiadas por De Lafuente Machain en 1924, al igual que una fuente adosada al muro exterior, a cuya existencia se atribuye el origen del apellido. Las fotografías fueron reproducidas en su obra citada.

Por iniciativa de Victoria Ocampo, prima hermana de la dueña de casa, residió allí el poeta bengalí Rabindranath Tagore (1861-1941), entre el 12 de noviembre de 1924 y el 22 de enero de 1925. Tagore, filósofo del movimiento Brahma Samaj, dramaturgo, ensayista, fue Premio Nobel de Literatura en 1913 y artista pintor.

El amplio parque que rodeaba la casona fue diseñado por el ingeniero agrónomo y paisajista argentino Benito Javier Carrasco (1877-1958), colaborador del francés Carlos Thays, quien fue su director de tesis. Carrasco fue el iniciador en el país de los estudios sobre los espacios verdes. Lamentablemente, la ya vieja casona a la que se ingresaba por Francisco Drummond 987 fue demolida en enero de 2017, como también talada gran parte de la añosa arboleda para dar lugar a un inevitable loteo.

La primera división fue practicada en 1932 por el agrimensor Juan Ángel Repetto y el subsiguiente loteo por la firma Furst Zapiola y Cía.

La mansión de Victoria, «Villa Ocampo» —hoy casa-museo que lleva su nombre— queda a pocas cuadras de *Miralrío*, en Elortondo 1811; fue obra de su padre el ingeniero Manuel Ocampo en 1891, quien adaptó planos de un arquitecto francés.

Victoria Ocampo

Victoria Ocampo nació en Buenos Aires el 7 de abril de 1890 y falleció en San Isidro el 27 de enero de 1979. Fueron sus padres el ingeniero civil Manuel Silvio Ocampo Regueira y Ramona Aguirre Herrera. Figura primordial de la cultura argentina del siglo XX, en 1976, fue la primera mujer designada Miembro de Número de la Academia Argentina de Letras, Corporación en la que ocupó el sillón Juan Bautista Alberdi. En 1931, fundó la prestigiosa revista *Sur* y, posteriormente, la editorial homónima. En el ámbito sanisidrense, fue autora en 1960 del guion *Habla el algarrobo*, espectáculo de luz y sonido desarrollado en los jardines del Museo Pueyrredón, junto al varias veces centenario algarrobo histórico. Entre otras muchas actividades, integró el directorio del Fondo Nacional de las Artes; presidió el Teatro Colón; actuó como vicepresidenta del Congreso Internacional de los PEN Clubs; fundó la Unión Argentina de Mujeres, que presidió; colaboró asiduamente con el suplemento literario de *La Nación* y fue miembro de la comisión directiva de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). Por su valiosa trayectoria a nivel internacional, recibió —para citar solo algunas distinciones— las Palmas Académicas y la Legión de Honor, ambas del Gobierno francés; Comendador de la Orden de las Artes y las Letras de Francia; Commander of the Order of the British Empire; Gran Premio de Honor de la SADE; Premio María Moors Cabot de la Universidad de Columbia; Premio Fundación Severo Vaccaro, de Buenos Aires, otorgado por vez primera a una mujer; Medalla de Oro del Rayonnement Français, de la Academia Francesa; Doctora Honoris Causa de la Universidad de Harvard y de la Universidad Visva Barathi, de India; Premio Alberdi-Sarmiento, del Instituto Popular de Conferencias de *La Prensa*.

Para relatarlo acontecido, qué mejor que transcribir sus palabras tomadas de sus obras *Testimonios. Segunda serie*, Buenos Aires, Editorial

Sur, 1941, y *Tagore en las barrancas de San Isidro*, texto escrito en junio-julio de 1958, edición de la Fundación Sur en 1961.

Yo sabía muy bien (escribe Victoria refiriéndose a Tagore) que lo único que podía ofrecerle era la vista al río; que ese paisaje era el único regalo digno de él. Jamás lo olvidó. [...]. Y para empezar tengo que remontarme a la época en que llegó Tagore a *Miralrío*. Tenía sobre su mesa un cuaderno donde escribía en bengalí sus poemas. Ese cuaderno me sorprendió y fascinó. [...] Le pedí que me dejara fotografiar algunas de esas páginas. Para hacerme el gusto, consintió. Este cuaderno fue el principio de la etapa de Tagore-pintor.

En septiembre de 1924 se anunció que Rabindranath Tagore pasaría por Buenos Aires, rumbo a Lima. Desde ese momento, los que conocíamos los poemas a través de las propias traducciones del autor, o la francesa de Gide, empezamos a esperar al poeta. Su llegada sería el gran acontecimiento del año. (Llegó a la capital argentina el 6 de noviembre de 1924, acompañado por su secretario inglés Leonard K. Elmhirst, alojándose en el Plaza Hotel. Victoria anota «donde se sentía como encarcelado»). Para mí, fue uno de los grandes acontecimientos de mi vida. [...]. La de 1924 fue, en San Isidro, una primavera clara y tibia de muchas rosas. Yo pasaba las mañanas en mi cuarto, con las ventanas abiertas, leyendo a Tagore, pensando en Tagore, escribiendo a Tagore cartas que nunca mandaré. Los olores de un jardín, en septiembre, se mezclaban a mis despertares. De este leer, pensar, esperar, escribir nacieron las páginas que publicó *La Nación*. En realidad, era una carta a Tagore transformada en artículo. No imaginaba yo, en aquellos días, que el poeta sería mi huésped en las barrancas de San Isidro. Ni me atrevía a suponer que tal dicha podía existir para mí fuera del sueño.

El delicado estado de salud de Tagore, quien había contraído gripe en la escala practicada en Río de Janeiro, le impidió emprender el proyectado viaje al Perú, donde había sido invitado por el Gobierno peruano para participar de los festejos por el centenario de la batalla de Ayacucho; viaje que debía emprender después de dictar conferencias en Buenos Aires. Los médicos que lo atendieron en nuestra capital le recomendaron reposo y la cancelación del proyectado viaje. Victoria, que había estudiado la poesía del pensador oriental e, incluso, escrito sobre ella, ofreció a su secretario que vinieran a San Isidro y se alojaran en una quinta.

Le propongo esto antes de reflexionar sobre cómo voy a arreglármelas para cumplir mi promesa. Yo no tengo ninguna quinta en San Isidro y no sé si mis padres me prestarán la suya. Pero estaba resuelta a mover cielo y tierra con tal de encontrarle a Tagore un refugio agradable y tranquilo para su convalecencia. [...] Corrí a casa de mis padres. No pudieron o no quisieron prestarme la quinta de San Isidro. Se me ocurrió entonces pedir socorro al marido de una prima hermana, que tenía otra quinta a pocas cuadras de la nuestra: *Miralrío*. Me la prestó por una semana. Como Tagore prolongó su estadía, se la

alquilé por la temporada. [...] La quinta era grande, la casa también, pintada con cal y de persianas verdes.

Era una casa nueva, copia de las casas vascas. Desde los balcones del primer piso y desde el corredor del piso bajo se veía el río y una tipa redonda y coposa en primer plano, a la derecha. Era la época de las flores más abundantes y perfumadas: rosas y espinillos. Allí se quedó todo el tiempo que estuvo en la Argentina, salvo algunos pocos días que pasó en la estancia *Chapadmalal* de Martínez de Hoz, en el Partido de General Pueyrredón, cercana a Mar del Plata. Fueron dos meses en los que aprendí a conocerlo, a saber que podía pasar por los estados de ánimo más inesperados, más opuestos; que era taciturno, afectuoso, indiferente, burlón, grave, espiritual, caprichoso, indulgente, alegre, severo, tierno, impersonal, distante, escrupuloso. Variable como el tiempo:

Aprendí, pues, que no se distinguía de los demás hombres, a no ser por su genio poético y su belleza espiritual y física. No era poca la diferencia. A los sesenta y tres años, Tagore, con su pelo blanco, los ojos extraordinariamente expresivos, su alta estatura y su paso lento y decidido, su calma y su dulzura inalterables, era imponente. Tardé bastante en vencer la timidez que me paralizaba en su presencia.

El día de la partida de Tagore para San Isidro, 12 de noviembre, llegó por fin. Yo no había vuelto a verlo. Aquella tarde el cielo se puso cada vez más amarillento, con nubarrones oscuros. Nunca había visto nubes tan pesadas, tan amenazantes y a la vez tan radiantes. El amarillo azufre y los grises plomo y perla redoblaban el verdor de la barranca y de los árboles. El río reflejaba a su manera y en su idioma acuático lo que veía allá arriba. Miramos con Tagore, desde el balcón del que sería su cuarto, el cielo, el río, la tierra en traje de primavera, los sauces en el bajo habían sacado de su madera millares de hojitas tiernas.

Llegamos a San Isidro, el día en que fue a instalarse allí, en medio de una tormenta. El vendaval levantaba remolinos de tierra seca y sacudía brutalmente los árboles cubiertos de hojas tiernas. En la casa cerrada se oía silbar el viento, y el olor tibio de las rosas era tan fuerte que extrañaba el no poder tocarlo en el aire. Ahí estaba, insistente e invisible como una música que nos impide leer un libro o elegir nuestros pensamientos: «Son rosas de la quinta y este es el río. No, no es el mar. Es agua dulce». Por la ventana lo miramos: «¡Es tan ancho!» Empecé a sentirme de más. Salimos a un balcón: «Ya queda usted acompañado». Me escabullí.

«Tengo que mostrarle el río», le había dicho yo a Tagore, llevándolo al balcón, apenas entramos. Y todo conspiró conmigo para que el espectáculo fuera sorprendente. Era como si hubiesen puesto reflectores en el cielo, detrás de las grandes nubes que se ribeteaban de luz.

Aquel balcón iba a ser *su* balcón. Desde ahí iba a ver, durante esos meses de noviembre y diciembre, «les soirs, voilés de vapeurs roses» (como el otro poeta, en otro balcón, junto a otro río angosto: el Sena). Y lo recordaría: «No he podido verme libre de mi

decaimiento —me escribía desde Santiniketan—. En este estado de debilitamiento físico mi imaginación a menudo vagabundea y vuelve a aquel balcón de San Isidro... Todavía recuerdo intensamente la luz de la madrugada sobre los grupos de extrañas flores azules y rojas de su jardín, y el juego constante de los colores sobre el gran río que yo nunca me cansaba de mirar desde mi balcón solitario».

Cuando los ocho días que en principio tenía que pasar Tagore en la quinta se transformaron en meses, no puedo asegurar que en mi fuero interno no bendecía esa gripe oportuna, que por otro lado me inquietaba. Yo no vivía en *Miralrío*. Dormía en la quinta de mis padres. Pero iba diariamente a casa de Tagore y almorzaba, o comía con él. [...] En la medida de lo posible, quería que Tagore se sintiera como en su propia casa. Mi presencia continua podía molestarlo —temía yo—. Me eliminé en ciertas ocasiones por eso.

En *Miralrío*, Tagore escribía por la mañana, paseaba en el jardín, o venía a pasear en mi jardín. Desde el balcón de su cuarto, miraba con largavista, atentamente, los horneros y benteveos. Leía a Hudson. Por la tarde llegaban las caravanas de admiradores. A menudo se sentaba en el pasto, debajo de una tipa, cerca de la barranca, y hacía sentar en semicírculo a sus visitantes. Les hablaba en inglés. Había que traducir. Esto lo hacía generalmente un señor Barros, vendedor de la casa Maple; otras veces lo reemplazaba yo. A veces llegaban visitas imprevistas. [...]. La verdad es que yo me sentía un poco consternada por la clientela que solía solicitar entrevistas, pero la bondad de Tagore era inagotable y no se alteraba por el tiempo perdido.

Traté de poner en contacto al poeta con representantes auténticos de este país. Por ejemplo, con Ricardo Güiraldes. Era antes de la publicación de *Don Segundo Sombra*, es decir antes de su gran fama. Una vez, pudo ir Tagore hasta la Facultad de Filosofía y Letras. El estado de salud del convaleciente limitaba las posibilidades de hacerle conocer la Argentina y los argentinos.

Una noche, mientras conversábamos sentados junto al balcón, en su cuarto, mi huésped manifestó el deseo de oír música moderna europea. Telefoneé inmediatamente a Juan José y José María Castro, que en esa época formaban parte de un cuarteto. El cuarteto, con sus violines, viola y violoncelo, se trasladaron a la quinta. Tagore estaba deprimido aquella noche por una carta recibida de la India. Los músicos se instalaron, con sus atriles, en medio del hall, abajo. Pero mi huésped se quedó en su dormitorio, con la puerta entreabierta. Su cuarto daba a una galería que daba al hall. Yo solo pude señalarles con el dedo a mis amigos músicos la dirección del lugar donde se hallaba: «Ahí está. Les ruego que lo disculpen, no se siente bien». (Ejecutaron música de Debussy, Ravel y Borodine).

Refiriéndose al contenido de unas cartas, cuenta Victoria Ocampo en 1961: «En 1924, cuando nos sentábamos con Tagore debajo de las tipas de la barranca, o cuando desde el balcón mirábamos los colores cambiantes

del Río de la Plata, esos paisajes no me hubieran impresionado de la misma manera».

Tagore conservó de su convalecencia en San Isidro una especie de nostalgia. Me escribe en varias ocasiones manifestándolo. Y no era hombre capaz de decir por amabilidad lo que no sentía. La imagen de esa casa cerca del gran río, donde usted nos alojó, con sus extraños macizos de cactus que se inclinaban con gestos grotescos en una atmósfera exótica y remota para mí, a menudo vuelven a mi memoria como una invitación lanzada a través de una barrera infranqueable.

El poeta en carta fechada en marzo de 1939 —cuenta la ilustre anfitriona— le anuncia el envío de un libro de su autoría titulado *Puravi*, que contenía poemas escritos en bengalí, y le expresa: «Le envío un libro de poemas en bengalí que yo hubiera querido poner personalmente en sus manos. Se lo he dedicado a usted, aunque usted nunca podrá saber lo que contiene. Muchos de los poemas de este libro fueron escritos mientras estaba en San Isidro». Y continúa el poeta: «Ahora que tengo vastas extensiones de ocio, empleadas principalmente en cultivar sueños, un enjambre de pormenores de mis recuerdos de San Isidro vienen repetidamente a zumbiar y revolotear en torno de mis pensamientos. En su carta, lamenta usted que no me fuese posible quedarme en aquella casa, junto al río, hasta el fin del verano. No sabe usted cuán a menudo me digo que ojalá pudiera. Fue algún cebo del deber lo que me alejó de aquel suave rincón, con su poder de inspiración para una ociosidad aparentemente frívola».

Estos testimonios de Victoria Ocampo sobre la permanencia de Tagore en San Isidro ilustran en forma indubitable sobre la residencia en la que se alojó el poeta, dado que varios autores confundidos atribuyen este hecho a la actualmente denominada «Villa Ocampo».

Bibliografía

Lafuente Machain, Ricardo de, *Los de Lafuente*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1941, 269 pp. Ilustradas.

Ocampo, Victoria, «La Navidad de Tagore en Punta Chica», *La Nación*, Buenos Aires, 7 de marzo de 1961.

Ocampo, Victoria, *Tagore en las barrancas de San Isidro*, Buenos Aires,

Fundación Sur, 1961, 126 pp.

Escrito con motivo del centenario de Tagore para ser publicado en la India. Contiene: «El balcón», «El solitario de Punta Chica».

Ocampo, Victoria, «Tagore, ese desconocido», *La Nación*, Buenos Aires, 6 de agosto de 1961.

Ocampo, Victoria, *Testimonios. Segunda serie*, Buenos Aires, Sur, 1941, 518 pp.

Parodi, Andrés, *Beccar, recuerdos y vivencias*. Pról. de Gabriela Giurlani, Beccar, impreso en Córdoba por Alveroni Ediciones, 2000, 243 pp. ilustradas.

Pasman, Raúl y José Marcó del Pont, «Residencia de campo propiedad del Dr. Ricardo de Lafuente Machain», *Revista de Arquitectura*, Publicación de la Sociedad Central de Arquitectos, Buenos Aires, Año 11, N.º 51, pp. 83-96 ilustradas, marzo de 1925.

Sosa de Newton, Lily, *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1986, 716 pp.